

Don Alfonso Pérez Romo; de cómo nace una pasión

Agustín Ramón Morales Peña

El Doctor Alfonso Pérez Romo es, y escribo *es* y no *fue* intencionalmente, una presencia: una figura destacada y apreciable, imprescindible en diversos ámbitos de nuestra vida colectiva: la medicina, la docencia, el amor y la defensa de las humanidades, la vida universitaria, la promoción cultural y, sin soslayo, un apasionado de la tauromaquia. Mis recuerdos de su persona, su voz pausada, su proverbial gentileza, su sosegada erudición, se remontan a mis primeros años, en que centraba sus empeños, sin renunciar a ninguna de sus pasiones –que no aficiones–, en la consolidación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, de la que fue rector hasta 1980, apenas cuatro años antes de emprender aquella venturosa aventura como empresario,

junto con el matador Eduardo Solórzano y Julio Díaz Torre, de la Plaza Monumental de nuestra ciudad.

De hablar sereno y pausado se refirió a sus pasiones siempre como un diletante, haciendo gala de ese desdén suyo por el alarde, aunque su trayectoria como académico, empresario, funcionario público y muy recientemente como miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, dignidad y reconocimiento que recibió hace casi cuatro años, le demostraron ser, ante todo, un estudioso en toda regla; al margen de la riqueza de sus conocimientos y su condición de amplio y apasionado conocedor en cada una de las actividades en que se involucró, siempre movido por esa vitalidad ejemplar de la que dio muestras siempre; de tal manera que fue una corrida de toros la última de sus actividades en su largo y próspero tránsito por este mundo.

Contando con el peso de esa presencia, labrada con tesón en una vida casi centenaria, fue que me enfrenté al reto de redactar estas notas, siempre apresuradas y necesariamente no exhaustivas, sobre su manifiesto gusto y profundo conocimiento de la tauromaquia, un ritual cuyos orígenes se remontan a la antigüedad y a la condición humana misma, inscritos en una tradición en que sus primeras manifestaciones nos llevan a la cuenca mediterránea y a la Edad de Bronce, siempre con el temor de no hacer justicia a su figura, su papel destacadísimo como apasionado, como practicante del toreo práctico, como empresario; al fin, enamorado de la Fiesta. De manera más bien licenciosa, y necesariamente arbitraria, la pregunta central sobre la respuesta, siempre hipotética, desarrollo en estas notas, es la de cómo él, cuya trayectoria vital le descubrió y le llevó al apasionado estudio y la práctica amorosa, necesariamente, de las que fueron esas pasiones suyas, se aproximó a la Fiesta de los Toros, en el entendido de que esa aproximación se realizó en la primordial condición de esteta.

Me vino a la memoria la circunstancia afortunada, siempre para mí, de esas tardes donde compartíamos vecindad

en las aulas universitarias, donde ambos impartíamos clases a los alumnos de Gestión Cultural y en las que, mientras yo proyectaba imágenes sobre la pizarra de obras de artistas vanguardistas del siglo XX, él usaba el *leitmotiv* de la música barroca para explicar lo correspondiente a su grupo; mientras yo algo peroraba sobre el suprematismo o los Dadá; los delgados muros llevaban hasta nuestra aula recargados acordes surgidos de la delicada y vibrante imaginación de Corelli o las resonancias portentosas de un oratorio de Händel; por asociación de ideas, y he aquí mis licencias, arbitrarias, pero respetuosas, evocé un pequeño, al mismo tiempo que concienzudo y lleno de erudición, estudio sobre los elementos del barroco tardío en el Templo del Señor del Encino, de su autoría. ¿Cómo puede uno hacer una evocación remotamente cercana a la figura de un hombre? ¿Cómo evitar los aborrecibles clichés cuando la persona que se evoca fue una figura cuya impronta fue tan superlativa? Y además: ¿cómo hablar de sus profundas aficiones?

Para ello, tengo en la memoria, marcadas indeleblemente, aquellas muchas charlas de sus evocaciones taurinas, de sus comentarios sobre épocas pretéritas del toreo de las que fue testigo y de hechos recientes que ya pertenecían a la época que me permitió vivirlas; por contra la costumbre de aficionados menos experimentados, menos conocimientos, cuyo purismo es la autoproclama de un pretendido saber superior, el Doctor Pérez Romo fue siempre medido y profundamente respetuoso; hasta sus censuras y críticas fueron siempre matizadas, casi veladas. Le gustaba hablar y mucho, y quienes tuvimos el privilegio de su charla podemos constatarlo, de lo que le gustaba, de lo que podía evocar en su tenor de hombre en positivo, y casi nunca de lo que pudiera ser objeto de censura. De esas charlas, de sus escritos –guardo con aprecio su volumen escrito con su tocayo, otro don Alfonso, el Calesero, y aquél sobre el Volcán de Aguascalientes, don Rafael Rodríguez, otras dos figuras familiares–, de algunas de sus comparencias, de las reuniones de los años en que su

concurso enriqueció aquel jurado del Premio Domecq, guardo pasajes memorables de sus recuerdos de más de ocho décadas de ver toros, de observarlos, de vivirlos, pero también las incertidumbres sobre el origen y la profundidad de la pasión.

Buscando pistas, siempre con la imagen del toreo como un ritual que en sus manifestaciones actuales hunde sus raíces en el Barroco español, encontré una imagen en su evocación por su Galicia, el lugar profundo desde donde su padre partió para “hacer la América”, cuando escribe en tono elogioso de la manera en que las manos indígenas de lo que fue la Nueva España adoptaron y enriquecieron las manifestaciones del espíritu de los hombres de la Conquista, expresadas en las versiones novohispanas del plateresco y luego del Barroco, llegado este último a la península desde Francia, con el advenimiento del primero de los borbones, Felipe V, quien curiosamente aborrecía de la tauromaquia en ciernes (prohibió las corridas de toros recién en 1704 y luego las restauró 21 años después), pero en cuyo reinado se consolidan tanto las manifestaciones barrocas, que tan bien cazaron con la Contrarreforma, como la Fiesta, cuya prohibición sirvió para que los festejos taurinos arraigaran en el gusto del pueblo llano.

Como sea, Galicia es un territorio ajeno, por temperamento, a la tauromaquia, de tal modo que fue México, y especialmente esta tierra, donde el Doctor, cuya condición de esteta, ya emigrado desde las cercanías de Parral, acude a los primeros festejos taurinos en la Plaza San Marcos, según sus propias evocaciones, mediando la década de 1930, donde, y le cito *mutatis mutandis*, vio a Alberto Balderas, el llamado “Torero de México”. De esos recuerdos de su etapa temprana de taurino, una marca perenne le dejó ser testigo presencial de la muerte de aquel infortunado novillero Juan Gallo, quien actuaba de sobresaliente, justo en una corrida en 1940, donde alternaban Balderas, muerto por asta de toro apenas unos meses después, y Jesús Solórzano padre, hermano del también

matador Eduardo, del mismo apellido, con quien organizaría los seriales sanmarqueños de 1984 a 1986.

Si la imagen necesariamente sangrienta y de carácter mártir del malogrado alternante evoca necesariamente la herencia del Barroco traída por los peninsulares, la pobreza de medios, que fue de donde las manifestaciones novohispanas tienden al colorido, a la vitalidad de los pueblos originarios, a lo monumental, otorgan el sello vernáculo a la tradición trasplantada en los tres siglos de la Colonia y adoptada para manifestar, en un sincretismo rebotante de matices, el espíritu de lo mexicano. Recordaba el Doctor que, ya en la Ciudad de México, donde cursaba sus estudios en la Universidad Nacional, se convirtió en un asiduo de las corridas, en el viejo y desaparecido Toreo de la Condesa, cuando la ruptura del convenio taurino con los ibéricos (el famoso “boicot del miedo”) dejó sin el concurso de los coletas españoles las temporadas taurinas, sostenidas íntegramente por los diestros protagonistas de la llamada “Época de Oro” de la Fiesta en nuestro país, ya en la Plaza México, abierta en 1946, dos años después de la reanudación de las relaciones de nuestro país con la antigua Metrópoli.

Por cuestiones de elemental cortesía, he de ir abreviando, recordando también los comentarios del Doctor Pérez Romo, que concebía la Fiesta, no como el espectáculo donde el público, la afición (esa masa informe por naturaleza), acudía a presenciar la lidia de los toros, sino como ese ritual inmemorial en el que el torero ejecuta esa “actuación dramática al filo de la muerte”, esa celebración pagana; en estos tiempos de falsa asepsia simpática que niega de plano lo que en la vida hay de sagrado y pretende abolir el sufrimiento y la muerte, como consustanciales a la condición humana. Al margen de debates estériles, de esas batallas dialécticas donde se pretende imponer el griterío, el legado del Doctor Pérez Romo a esta pasión suya de la Fiesta incluye esa raigambre de vitalidad ritual que en el Barroco usó la riqueza ornamental, la estética de lo es-

piritual y colectivo, la vitalidad de lo humano, para combatir las viejas y las nuevas iconoclastias que pretenden, en última instancia, la negación de la muerte como la última y única de las certezas del hombre.

Rondan en mi mente, siempre en este vano intento de responder a la pregunta prima, consideraciones sobre la corrida y el horror al vacío; el uso de la plaza pública como escenario de las primitivas corridas para lancear toros; la edificación (barroca, mudéjar, neoclásica) de las primeras y Reales Maestranzas; los alcances de las reformas borbónicas que llegaron a nuestras tierras con un eco de la Ilustración en los barcos venidos de las costas andaluzas; el toreo que bajó del caballo del noble para convertirse en una práctica pedestre; las evocaciones napoleónicas del traje de torear como otra apropiación del pueblo llano de las vestimentas de una nobleza menguante; todas como apuntes para una charla que lamentablemente quedará pendiente con don Alfonso Pérez Romo, el esteta, el proverbial dialogante y el apasionado taurino.